« Dionisia, ya bastante ocupada con sus dos niños, se veia por tanto obligada á levantarse antes del dia y acostarse después de media noche, para hacerlo todo y cuidar de las cebadas, y los henos y las castañas; cavar, escardar, segar, hacinar los haces y varear los castaños, en fin, todo. La pobre muchacha no podía con tanto trabajo, y el pan comenzaba á escasear en nuestra mesa. Después yo me he visto obligada hace tres semanas á meterme en la cama, y ha sido necesario que el ganado se guarde por si solo con el perro. Dionisia pasa los dias á mi cabecera para cuidarme, y la miseria estaba á la puerta, lo mismo que el pesar y la muerte, cuando Dios te ha enviado. Él te bendiga como yo te bendigo, mi pobre Claudio. Quizá habrá remedio á todo, si puedes quedarte con nosotros ahora, ser obrero de tu madre, padre de los niños y quién sabe, añadió llorando, si serás también por segunda vez novio de Dionisia. »

— ¡Ah! sí, madre mia; si Dionisia no me desprecia ahora que me ha visto en traje de mendigo, yo permaneceré aquí y no me marcharé nunca; querré á los niños como hijos de mi hermano y como querría á los mios; y amaré á Dionisia como la he amado siempre, si ella lo permite.

CAPÍTULO XIII

I

Dicho esto me partí á Macón para comprar una chaqueta y ropa con que reemplazar los andrajos del idiota.

Al volver al día siguiente, mi madre se lo había dicho todo á Dionisia; ésta me recibió bien al entrar y me sirvió la comida al extremo de la mesa, en el sitio mismo en que lo hacía cuando era joven y cuando yo era su novio. Tomé al niño y á la niña en mis rodillas y los besé fuertemente, á fin de que comprendiese que los queria tanto por ella. En efecto, la niña se le parecía mucho, y al besarla me parecia besar á dos.

Pero no nos hablamos, porque mi madre decía que era preciso, primeramente, un permiso del alcalde y una dispensa del cura para casarse cuñado con cuñada.

Entonces fué cuando bajé al castillo, y su madre de usted, que era tan servicial y tan querida en toda la montaña, me recibió con mucho agrado

y me proporcionó los papeles. Allí le vi á usted, muy joven, en el jardín con sus hermanas. Lejos estaba de que llegaría un día en que con tanta frecuencia viniese usted á estas rocas á hablar con un pobre hombre como yo.

II

Cuando tuve los papeles, nos hablamos como nos habíamos hablado en otro tiempo á la sombra de los avellanos y en los breñales. Solamente los niños cogían amapolas ó nidos de ruiseñores alrededor nuestro, volviendo á cada instante á enseñárnoslos á mí y á su madre. Dionisia se sonreía llorando, y lloraba sonriéndose como una nube de abril. Estaba todavía más linda que á los diez y ocho años, desde que dormía toda la noche, y desde que el pan y la leche abundaban sobre la mesa, gracias á mi economía; desde que me tenía á su lado, sin que nadie pudiese poner obstáculo ni separarnos. La había comprado vestidos de lana azul adornados de encarnado, delantales de algodón rayado; y zapatos con hebillas de latón, tan relucientes como su crucifijo. Sus mejillas se habían puesto sonrosadas como manzanas. Corría por las cuestas de los prados, con su niña, tan

ligera como si ésta hubiera sido su hermana. Éramos todavía jóvenes; estábamos locos; éramos felices. Se acercaba el día en que debíamos bajar á la aldea con toda la familia, para casarnos. Mi madre también se había rejuvenecido, y comenzaba á ver el sol en el patio. Aquellos nueve años eran un sueño que parecía haber durado sólo una noche.

III

Entre tanto había vuelto á mi oficio para mantener con más holgura la familia, y comprar los muebles y la ropa necesarios. Como había estado por tanto tiempo ausente del valle de Saint-Point, y los demás picapedreros no trabajaban tan barato para los desgraciados, los pobres de las cabañas y de la montaña tenían bastante trabajo que encargarme. El uno había casado á su hija y quería construir un cuarto más para su yerno; al otro se le había hundido la granja, el canalón ó el palomar; las mujeres me pedían morteros, los hombres muelas, los pastores pilones para sus bueyes, los labradores piedras para sus puertas. Yo ganaba un mucho en muchos pocos, y más de lo necesario para establecer mi casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Habia limpiado mi antigua cantera entre las Huttes y el valle, de todos lo escombros que los hundimientos y las lluvias habían acumulado hacía nueve años, y de todas las raíces que habían penetrado. Bajo los hermosos abetos á donde Dionisia iba en otro tiempo á llevarme mi *merienda,* había hecho una bóveda como una caverna, de donde sacaba grandes bloques cuadrados, sanos y amarillos como manteca, que hubieran bastado á construir un pilar de catedral. Había vuelto á encontrar mis brazos de diez y ocho años, y á cada golpe de pico me decía viendo caer las gotas de mi sudor sobre la piedra: « Es por ella, » y me sentía más vigoroso por la noche que por la mañana. ¡Es un buen descanso el amor tranquilo en el corazón!

Y en la casa todo el mundo estaba contento, hasta los pequeños.

IV

Mi madre había hecho buñuelos y pasteles para el día de la boda, que debia ser el martes despues del día de San Juan. Habia invitado á los parientes que estaban en la aldea, ó esparcidos acá y allá por las chozas. Había una docena de

ellos entre chicos y grandes, comprendiendo los muchachos y muchachas del recovero. Las costureras habían venido á hacer la ropa de boda de Dionisia, y le probaban ya un vestido ya otro: desde la mañana hasta la noche se oía charlar y reir en la cabaña.

V

Yo también reia un momento con ellas y después volvia al trabajo; pero no trabajé mucho los últimos días, porque mi corazón estaba demasiado al lado de Dionisia. Sin embargo, había preparado sorpresas para la boda; un ramillete, como llaman, de fuegos artificiales para el día de San Juan, que se tiene costumbre de quemar en nuestras montañas la víspera de esta fiesta, y una bomba más fuerte que las que se tiran entre nosotros en las bodas en señal de regocijo. Trabajaba desde hacía ocho días en abrir un barreno como había visto abrir en las canteras de Tolón, capaz de hacer saltar toda la bóveda bajo los abetos de mi cantera y de darme, sin trabajo material, para tener piedra que labrar durante más de seis meses.

No había dicho nada á nadie, ni siquiera á

Dionisia, para que la mina estallase al fin de la comida de boda, y todo el mundo, á una legua de allí, en las montañas y en el valle, al oir el ruido dijese : « Ese es el trueno de la boda del picapedrero. » La había llenado de medio quintal de pólvora bien atacada, con piedra molida encima. Por miedo de una desgracia, había puesto una mecha que se quemaba lentamente y que cubrí con guijarros y hierba seca, para que las patas de los animales no la moviesen de su sitio. Nadie más que yo conocía el montón de hortigas donde estaba arrollado el extremo de la mecha saliendo de la tierra, cerca de la cantera y á la orilla del camino.

VI

En la víspera de la boda, por la mañana fuí aún á la cantera para trabajar poco, porque, como suele decirse, no quería cansarme los brazos. Dí algunos golpes de pico entre mis piedras; visité la mecha, preparé la yesca con un rastro de pólvora que llegaba hasta el camino, y me dije al subir : « Echaré yescas, la pólvora tomará fuego, la yesca se encenderá y comunicará lentamente el fuego á la mecha : tendrás tiempo, sin apresurarte, de subir hasta las Huttes, tomarás un vaso para beber á la salud de los parientes abrazando á Dionisia, y la mina estallará. » Ésta era mi idea.

VII

Hecho esto, bajé corriendo á la aldea de Saint-Point para comprar seis botellas de vino blanco para dar de beber á los convidados á la boda. Estuve entretenido un poco con unos y con otros, con el tabernero, con el campanero, con el cura y su criada. Todos me detenían, complimentándome por la dicha que tenía de casarme con una viuda tan joven y tan buena; porque era muy querida y conocida, aunque no la veían sino por casualidad en la iglesia en las grandes fiestas y nunca en los bailes. La llamaban, como he dicho á usted, la *salvaje de las Huttes*, pero no la estimaban menos por eso. En todas partes me ofrecían un vaso de vino y yo no podía negarme á admitirlo sin pasar por desatento y bebí algunos vasos de más, y la prueba es que yo, que no hacía sino silbar trabajando en mi cantera, subí a las Huttes casi de noche, cantando tan alto que mi voz asustaba los pajarillos ya acostados entre los chaparrales y sobre los árboles.

VIII

No pensaba sino en la felicidad de ser al día siguiente marido de Dionisia y de volver allí con ella llevando un grueso ramillete en el pecho y otro de claveles encarnados en su peinado. Ya la veía yo asida á mi brazo con sus hermosos zapatos en los pies, ó en las manos para no romperlos en los guijarros. Había olvidado completamente que en la víspera de San Juan hay la costumbre de pasar la noche por las montañas con antorchas de paja ó teas encendidas.

Al acercarme á mi cantera en la oscuridad, oí algún ruido entre las hojas y como un murmullo de voces de mujeres y de niños al otro lado de la cantera, en lo alto, bajo el abeto grande. Me detuve y me dije: « Serán Dionisia, las costureras y los niños que han salido á recibirme para darme una sorpresa de broma viéndome venir tan tarde. » Era demasiado cierto, porque en el momento en que yo pensaba en esto, oí la voz clara y temblorosa de Dionisia que me llamaba riendo desde un extremo del monte. Los niños gritaron también: « Claudio, Claudio con sus débiles vocesitas. »

Yo respondí del mismo modo « Dionisia, Dionisia, ¿eres tú? soy yo, » y dí algunos pasos corriendo para abrazarla dando vuelta á los bordes escarpados de mi cantera.

Pero en aquel momento un gran resplandor me dió en los ojos y una docena de voces de muchachos, muchachas y niños se pusieron á llamarme desde el lado opuesto al sitio en que yo había oído á Dionisia. Eran los de la boda que habían llegado para festejarme y sorprenderme; y pensaban pasar la noche en las Huttes y pasear, en señal de regocijo, sus antorchas de paja y tea alrededor de Dionisia y de mí. Acababan de encender las antorchas al oirme responder á Dionisia y se adelantaban dando gritos de júbilo y sacudiendo las llamas que despedían chispas en la oscuridad por encima de sus cabezas.

IX

Á la reverberación de aquellas antorchas encendidas, vi claramente á Dionisia en la cima de la cantera, precisamente sobre la bóveda, enfrente de mí. Tenía á la niña de la mano y al niño en brazos como se representa á la santa Virgen con el niño Jesús. Miraba hacia mí con su rostro de

dicha y de amor, enrojecido por el resplandor de las antorchas. La tendí los brazos y después, de repente, lancé un gran grito y la hice señas de que echase á correr y se alejase de aquel sitio.

Acababa de ocurrírseme una idea como si un martillo me hubiera dado en la cabeza. Los muchachos y las jóvenes se acercaban á la orilla del camino donde yo había puesto la yesca y la mecha por la mañana. Una chispa llevada por el viento bastaba para encender la mecha y hacer saltar la roca sobre la cual estaba Dionisia.

¡Ah! señor, lo pensé demasiado tarde. No había tenido tiempo todavía de despegar la lengua de mi paladar y de extender la mano hacia Dionisia, cuando un trueno subterráneo estalló bajo sus pies, y la vi lanzada con sus dos niños á la altura de la copa del abeto, cayendo después encima de una nube de humo como una santa que desciende del cielo, hundiéndose en la cavidad que acababa de entreabrirse y cerrarse sobre ella con un ruido como si se desplomase el mundo... ¡Gran Dios, por qué no se cerró también sobre mi cuerpo! . . . . . .

. . . . . .

No pude contener un grito de horror, y una lágrima de piedad. . . . . .

X

Vi que el pobre hombre no podía proseguir. Tuve compasión de su pena y me apresuré á llevarle hacia otro lado, y á distraer su pensamiento de aquel horrible desenlace de su amor, dejando para otro día los pormenores del acontecimiento, de que se hablaba todavía en las montañas. Me comprendió, se levantó temblando, llorando y rezando. « ¡Era la voluntad de Dios, señor! » Se inclinó como si sintiese la mano divina sobre su cabeza.

Volvimos á tomar en silencio el camino del valle, y al pasar al extremo de la cantera abandonada volvió la cabeza. Vi una cruz de piedra junto á un viejo tronco de abeto, que todavía no había observado, por cima de un grande hundimiento del terreno. Era sin duda aquel el sitio donde después de la explosión había visto á Dionisia levantada hacia el cielo como una santa por cima de la nube.

Me acompañó esta vez hasta el extremo de los prados. Parecía que me estimaba más desde que había llorado con él á Dionisia.

CAPÍTULO XIV

I

Cuando volví al domingo siguiente me dijo: « ¡Ah, señor! ¿Qué viene usted á buscar? nada más tengo que decirle. Dionisia fué encontrada muerta con sus dos hijos entre los escombros de la caverna. El médico dijo que habían muerto asfixiados, y como heridos del rayo por el humo y el fuego de la mina, antes de caer en el sepulcro que yo había abierto para ellos. Lleváronles al sitio donde usted está, al lado de mi madre que no pudo sobrevivir un solo día á nuestra desgracia.

Si separa usted esta cubierta de césped sobre este lecho de tierra, encontrará debajo toda una familia. Me guardan el sitio donde usted ve, señor; este es mi lecho de boda al lado de Dionisia.

Vi en efecto un vacío entre dos tumbas.

« ¿Y vive usted aquí, le dije conmovido, siempre frente á frente de su amor ya perdido para siempre? »

— No podría vivir en otra parte, me contestó; mi corazón ha echado aquí raíces como ese boj que toma su savia entre los muertos.

— ¿Y no murmura usted nunca, Claudio, consigo mismo, contra esa Providencia que dos veces le ha mostrado la dicha tan cerca, para arrebatársela cuando creía usted tenerla entre los brazos?

— ¿Yo murmurar contra Dios, señor? exclamó; ¡oh no! Él sabe lo que hace, y nosotros no sabemos más sino lo que padecemos. Pero siempre he pensado que los padecimientos eran los deseos del alma del hombre, reducidos en su corazón hasta que produzcan la resignación, es decir, la oración perfecta, la voluntad humana plegada bajo la mano del Altísimo.

— Pero ese deseo plegado bajo la mano del Altísimo ¿no se levantará jamás, Claudio, como el resorte comprimido cuando le quitan el peso que le encorva?

— Sí, señor, pero cuando se levanta en este mundo es la revelión; cuando se levanta allá arriba es el paraíso.

— ¿Y qué es el paraíso, según usted, Claudio?

— La voluntad de Dios en el cielo como en la tierra, señor.

— ¿Pero y si esa voluntad fuese contraria á la de usted allá arriba también, y le separase de nuevo de su amada?

— Esperaría, señor, sí, esperaría una eternidad sin murmurar hasta que Dios me dijera: *ahí tienes lo que buscas*.

— ¿Usted cree, pues, firmemente, volver á encontrar á Dionisia?

— Sí señor.

— ¿Y cuándo?

— Cuando Dios quiera.

— ¿Y entre tanto padece usted?

— No padezco ya señor, amo y espero.

— ¿Y cree usted también, no es verdad?

— No señor, no tengo el trabajo de creer. Vivo de dos amores: el amor ¿no es la fe? tengo para dos.

— ¿Según eso, no es usted muy desgraciado?

— De ninguna manera, señor. Dios me ha hecho la gracia de verle en todas partes aun en mis dolores. ¿Puede uno ser desgraciado en la compañía de Dios?

II

Durante aquel verano volví á menudo á visitar á Claudio, y á hablar con él de unas cosas y

otras, pero sobre todo de las cosas de lo alto, y hallé siempre la misma satisfacción en su sencillez y en la unción de sus palabras. Era para mí como uno de esos troncos de árbol, donde las abejas han dejado un panal bajo la ruda corteza, y á donde va el que le descubre á la orilla de un bosque, á saborear la miel después de una larga marcha al sol.

Pasó algún tiempo sin que yo volviese á Saint-Point. En 18... subí á las Huttes, y no encontré sino un cabritillo silvestre que ramoneaba la hierba que crecía sobre el umbral de la cabaña vacía y abandonada. Un montículo más se levantaba en el cercado, al lado de aquél en que dormía Dionisia el sueño eterno.

Al bajar encontré al hijo del recovero que iba á recoger las ciruelas tiradas por el viento en la huerta de las Huttes, para llenar las canastas de su asno.

« ¿Ha muerto Claudio? » le pregunté.

— Sí señor, hace dos años, por San Martín, me respondió el pobre cojo.

— ¿Y de qué ha muerto?

— ¡Oh! Ha muerto de amor de Dios, según dice el señor cura.

— ¿Cómo de amor de Dios, Benito? De amor

de Dios se vive pero no se muere, será quizá también del amor de Dionisia.

— ¡Ah señor! Amaba tanto á Dios que no pensaba más que en él. Le sucedía lo mismo que á una golondrina que acaba de salir del cascarón, y que no puede comer si su madre no la trae una mosca al nido. Nada había recogido para los años de enfermedad; trabajaba por amor de Dios en todas las cabañas y solamente decía á los que se aprovechaban de su trabajo: « si llego á verme impedido ó á caer enfermo me cuidaréis, ¿no es verdad? » Y en efecto señor, se rompió una pierna y se dislocó el hombro al levantar el techo de la cabaña de la viuda Baptistine, que se había hundido una noche sobre ella y sus hijos, y al salvarles la vida perdió la suya.

— Pero todo el mundo tendría cuidado de él en su última enfermedad ¿no es verdad? porque en el país son caritativos, sobre todo cuando no hay que desembolsar un sueldo.

— ¡Oh! si señor, le llevaron en parihuelas á su cabaña, y un día unos y otro día otros, subían todos para llevarle su pan y volverle sobre la paja en que estaba echado. No habria carecido de nada si hubiera querido, pero tenía tanto miedo de incomodar y de tomar algo que no se le debiera, que no recibía absolutamente más que el pan necesario para él y para su perro, y cuando querían hacerle aceptar otra cosa, como un poco de carne ó de caldo ó una gota de vino, decía: « No, no he ganado eso á ustedes, no lo quiero, perjudicaría á vuestros hijos. » En fin no había razón ni súplica que pudiese con él.

Un día que parecía más débil que de costumbre, fuimos allá mi mujer y yo, le llevamos una escudilla de caldo de gallina que habíamos muerto para él, y yo le dije: « Toma Claudio, hemos muerto un pollo y hemos hecho una sopa.

— « ¡Oh! no, nos dijo mirando la escudilla, esto no es caldo de pollo, habéis matado una gallina para regalarme; pero yo no quiero porque no podré devolveros el regalo. »

« Por más que hicimos, señor, no quiso aceptarlo; no tomó sino el pan y no quiso beber el caldo, que le hubiera fortificado. Mi mujer dejó la escudilla llena sobre la tabla de su cama y nos marchamos. Al día siguiente cuando volví para hacerle compañía el domingo, la escudilla llena estaba todavía donde la habíamos dejado y él había muerto de debilidad con su perro negro á los pies. ¡Ah! Aquel hombre era un santo de Dios, créalo usted. »

III

Al presente cuando por el otoño voy á Saint-Point, subo una vez á las Huttes en el momento en que caen las hojas de los castaños. La tumba del pobre Claudio me inspira la oración, la resignación y la paz. Me agrada sentarme allí á la puesta del sol, y pensar en él y en Dionisia, reunidos bajo los rayos de un sol que jamás se pone.

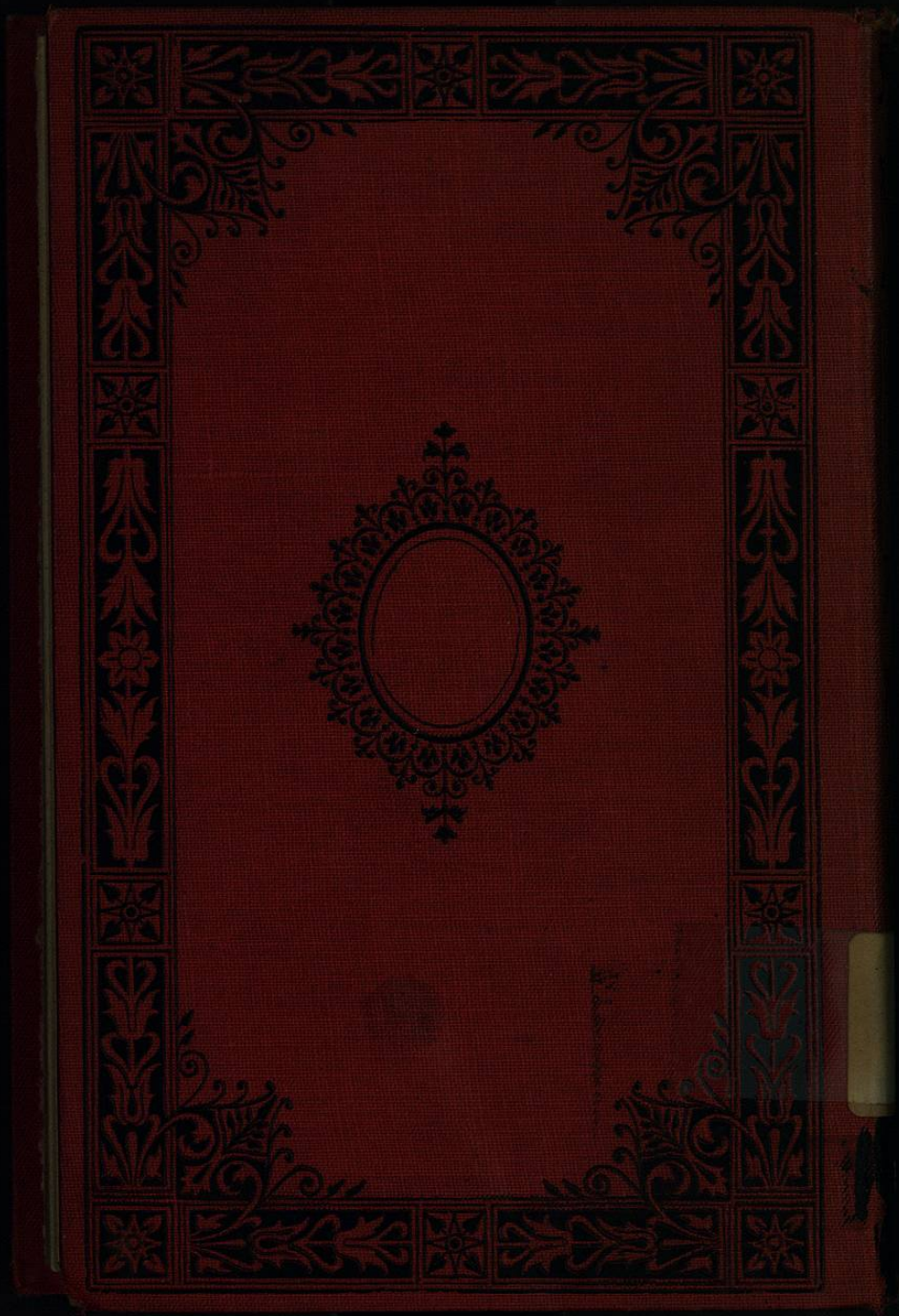
IV

Y noto la falta de aquel hombre en el valle. La pequeña lámpara que veía brillar por la noche desde mi ventana al través de las brumas de las montañas, era como una estrella que se hubiera apagado en el firmamento, ó como un gusano de luz que tuviera la costumbre de ver entre la hierba, bajo el chaparral, y que de repente se oscureciese bajo mis pies. No era sino un gusano de tierra, pero este gusano de tierra contenía una partícula del fuego de los soles. Y así era el pobre Claudio.

En ocasiones en medio de los campos, en el silencio del valle, bajo la ardiente atmósfera del medio día, de uno de verano, me pongo á escuchar involuntariamente, inclinando el oído hacia la montaña, y creo oir su martillo á lo lejos caer á intervalos regulares, sobre la piedra sonora, como volante rústico del reloj de la eternidad

FIN

INDICE

	Página
Capítulo primero	1
— II	27
— III	38
— IV	59
— V	95
— VI	103
— VII	130
— VIII	158
— IX	181
— X	187
— XI	213
— XII	241
— XIII	257
— XIV	269

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, calle des Saints-Pères.